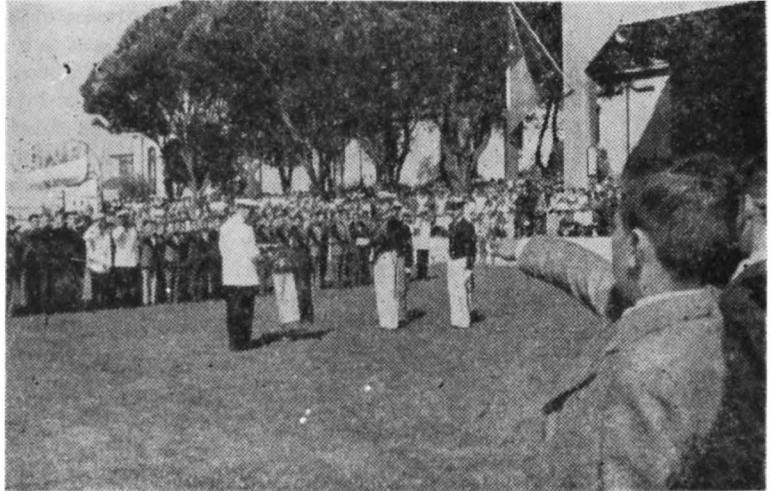


Por

Humberto CALDERON Dissett
(Coronel (R))

EL POR QUE DE MI AFECTO A LA MARINA

Promesa de Cadetes
recién ingresados.



El 11 de abril de 1928, confundido en mis pensamientos, tomé el expreso que me condujo al Puerto. Durante el trayecto muchas fueron las interrogantes y reflexiones que me hice frente a una nueva responsabilidad que asumiría dentro de pocas horas: Instructor en la Escuela Naval.

¿Sería capaz de responder a tan alto honor dispensado por el Ejército? ¿Qué atributos, qué conocimientos profesionales podría aportar, con apenas 22 años de edad y dos de servicios?. Esto acosaba mi conciencia honradamente.

No tenía entonces a mi haber nada más que una especial simpatía hacia mis com-

pañeros de marina y unas cuantas millas navegadas en el Escampavía "Porvenir" por el Canal Beagle y rutas adyacentes, integrado a la Comisión de Soberanía que designara el Intendente de aquella Provincia.

Eran muy pocas referencias para que el Ejército me hubiese confiado su representación en un cargo de tanta responsabilidad como era el de instructor militar de los cadetes.

No obstante tenía un punto de contacto que me alentaba en estas cavilaciones. Desde la Escuela Militar fui siempre un consecuente y leal amigo de mis colegas navales cuando ésa Escuela se alo-

jaba en nuestro plantel. ¿Por qué no iba a recibir recíprocos sentimientos de afecto y simpatías en la cuna y corazón de la Armada?. Tal pensamiento otorgaba optimismo venciendo la inseguridad natural que se despierta en cualquiera persona carente de experiencia frente a problemas de resolución delicada.

Llegué, así, al Puerto portando el bagaje de mi juventud, espíritu abierto y sinceridad en mi corazón. Esperaban mi arribo en el andén los Tenientes señores Carlos Mewes Ortiz, Alfredo Novión F., Santiago Barruel y el Capitán de Ejército señor Ernesto Contador Navarrete quien, era a la sazón el instructor en propiedad de la Escuela. A los tres Oficiales de la Armada los había conocido en Punta Arenas cuando ellos pertenecían a la dotación del Buque Escuela "Baquedano" en su viaje de circunvalación por Sudamérica, al mando del Capitán de Navío don Julio Merino. Grande y agradable fue mi sorpresa al encontrar caras amigas en una institución no del todo conocida. Fueron para mí como una puerta abierta. Más que los conocimientos profesionales cobraba con mayor fuerza la importancia que tiene, en una misión tan delicada como ésta, el sentido de la amistad, camino seguro para llegar más luego a la comprensión más perfecta y sólida en el curso de mi gestión.

Pero como todas las cosas van atadas, no quiero dejar en el tintero un hecho singular con relación a lo que estoy narrando. El año 1926 formaba parte de la dotación de Oficiales del Destacamento Magallanes (hoy Pudeto N° 10) cuando pasó la "Baquedano". En ese entonces, el programa de festejos que se había preparado en su honor, figuraba una presentación de gimnasia dirigida por mí. Entre los Oficiales asistentes estaban los que me recibieron en la Estación. En la fiesta del Casino entablé amistad con el Teniente Alfredo Novión quien, me entusiasmó para que hiciera el viaje en la "Baquedano" hasta el Cabo de Hornos, ruta hasta ese momento consignada en su itinerario. Esto se formalizó con las autorizaciones del Comandante de la nave y del Comandante del Destacamento, Teniente Coronel Javier Palacios Hurtado, ex Instructor de la Escuela Naval.

Don Humberto Calderón Disset se graduó como Oficial del Ejército de Chile, en el arma de Infantería, el 27 de noviembre de 1925. En los años comprendidos entre 1928 y 1931 y con el grado de Teniente, le correspondió servir como Instructor Militar de la Escuela Naval "Arturo Prat".

Se acogió a retiro de las filas, con el grado de Coronel, en el año 1948.

Mi entusiasmo era desbordante. Aquel constituía un acontecimiento inesperado, que pude haberlo interpretado como un ofrecimiento de cortesía en un ambiente de camaradas. Se me asignó una litera de la enfermería donde yo probaría las primeras caricias marineras. Pero, cuando ya todo estaba preparado para el embarque, la Rosa de los Vientos me hizo un guiño desalentador. El Comandante de la "Baquedano", recibió la orden de cambiar su derrota primitiva enderezando su proa alrededor de Sudamérica. Para mí, hacer este viaje, era cosa nada menos que imposible. Con la guardia baja, desconsolado en mi espíritu, vi zarpar a la corbeta con sus velas desplegadas por los caminos del mar hacia otras latitudes.

El Comandante Palacios, hombre severo pero muy humano, se dio cuenta que este cambio me había afectado. Me llamó a su Oficina y me dijo: "Lo he designado integrante de la Comisión de Soberanía que irá en el escampavía "Porvenir" a las órdenes del Comandante Carlos Cortés, al Beagle e islas Navarino, Picton, Lenox y Nueva. Espero, Teniente que con esto se le pase su desaliento".

Me embarqué en el "Porvenir", cuyo Comandante y Oficiales me dispensaron toda clase de atenciones: El Comandante Cortés, los Tenientes Zelada, Pinto, Nemesio Ruiz y Oyarzún fueron amigos inolvidables en ese track de mis primeras millas navegadas con que llegué a la Escuela Naval.

Demás está decir la cordialidad desplegada en el Casino. Me sentí muy luego seguro de mí mismo. Compartí con los muchos Oficiales que vivían en él: Comandante don Alberto Brito, Tenien-

te Armando Cabrera, Monsieur Vergon, Teniente Arturo del Valle, Carlos Mewes, Alfredo Novión, Santiago Barruel. Honorato, Manuel de la Maza, Greene, Doring, Pedro Castro, Cdte. Vial, Cases, Huidobro, Julio Angulo, Alejandro Gallegos, Osvaldo Merino y Enrique Díaz.

El Capitán Ernesto Contador que ya llevaba un año en la Escuela, fue como era natural, el que me presentó al Director Capitán de Navío señor Alejo Marfán y al Sub Director Capitán de Fragata señor Luis Muñoz Valdés. Luego de sostener una agradable conversación con ellos y recibir de su parte una cordial bienvenida, pasamos al patio principal, donde se hallaba formado el Batallón de Cadetes para la presentación de rigor.

Mientras el Sub Director cumplía con este ritual de cortesía y les comunicaba a los Cadetes mi designación como tal, recorría con la mirada las filas de las 343 Cadetes formados. Noté la natural curiosidad que se despierta en un conjunto de esta índole, por el movimiento de cabezas que se notaba en las filas, sin que ello constituyera, a mi juicio, una falta a las formas militares, puesto que yo hacía lo propio; por lo tanto no era nada más que una correspondencia de conocimientos. Sin ninguna pretensión de estimarme un sicólogo, en esos breves minutos que duró la presentación, pude darme cuenta y sentir sin forzamiento ni ademanes, que una corriente positiva e imperceptible había hecho el primer contacto. Acto seguido, junto con el Capitán Contador, pasamos una revista a las Compañías. Me presentó a los Brigadieres Raúl Rudolphy, V. Reyes, José Cabrera y Pedro Jiménez con quienes recorrimos las cuatro compañías. Este segundo contacto más de cerca me fue muy provechoso.

Cual sería mi agrado y sorpresa encontrar entre los Cadetes de 5º año a Arturo Hulaud B. y Harold Jacobsen, ambos amigos de la infancia. La confianza se acentuaba. Fueron, seguramente, los promotores de este contacto espiritual que se iba ampliando cada vez más. Fueron sin duda, los pioneros de las relaciones públicas de esa época y de positivos servicios.

Pisando ya con más aplomo, después de esta entrevista, recorrí las dependen-

cias en compañía del Capitán Contador, inquirendo datos y costumbres de su régimen interno y de las actividades que tenía que desarrollar. Me habló de la unificación de las Escuelas Naval y de Ingenieros, situación que obedecía a intereses superiores de la Armada. Como era lógico, en institutos de estudios diferentes y de vida tradicional propias, hubo tensión en un comienzo, pero fue amainando en el curso del año hasta que la comprensión fue prendiendo en las conciencias de todos. Sin el ánimo de ser mi propio juez, considero que en esta delicada situación, puse todo mi celo y tino para que las explosiones juveniles no excedieran los espíritus. Hasta hoy siento con gran satisfacción haber contribuido con un grano de arena a esta armonía y a los propósitos que esta unificación perseguía.

A los cuatro días de haberme presentado a la Dirección, me correspondió hacer mi primera guardia en día domingo. Me hizo entrega de ella el Comandante Carlos Vial, un hombre muy afable. El día transcurrió sin novedad. Me entretuve en conocer todos los rincones del plantel. Visité a los enfermos, conversé con los castigados y me impuse, finalmente, del rancho de los Cadetes. Si bien es cierto que esto es una cosa de rutina, me sirvió sin embargo, para formarme un cuadro general de su régimen.

Llegó la noche. La Escuela era lúgubre. Los patios eran poco alumbrados. El Oficial de Guardia tenía un escritorio en la biblioteca que era a la vez la Sala de Profesores. Me puse a leer el Manual del Cadete, ese librito de reglas de urbanidad que con tan sabrosa picardía solemos comentar en nuestros Bogatunes. La hora de recogida se acercó. Ordené a los Brigadieres de Servicio que a la hora exacta del horario establecido, formaran las compañías y se me diera cuenta. El parte arrojó una ausencia de 25 cadetes. Esperé algunos minutos frente a la puerta de la Biblioteca para que cada uno de los atrasados me entregara su papeleta. Por fin todos llegaron. Mientras me dirigía al frente de las compañías, me hice la siguiente reflexión: sin descartar el hecho de la falta de puntualidad, pensé en una mala locomoción, en el ascensor de poca capacidad o tal-

vez, en un ¡hasta luego! demasiado prolongado, todas cosas muy probables. Recibí el parte, mandé ¡a discreción! y les dije más o menos: "Lamento tener que manifestarles a los cadetes que se han presentado con atraso al parte, que la puntualidad es una norma y un principio de educación militar, por consiguiente, el que ha elegido esta carrera, voluntariamente, tiene la obligación de amoldarse a estos hábitos. No he venido a ser un guardián ni un carcelero de Uds., por lo tanto, no deseo en lo sucesivo, tener que llamar la atención sobre este primordial deber. ¡Buenas noches Cadetes! Una franca y sonora respuesta se oyó en el recinto. La sentí sincera, no había motivo tampoco para que no lo fuera. Sin buscar una posición que pudiera interpretarse como falsa o débil, comprendí, por esas sutilezas imponderables del mando, que la amalgama entre superior y subalterno se había verificado en ese instante. Desde entonces y sin alteración y en forma recíproca fue creciendo esta estimación, tanto entre los Oficiales como Cadetes. Fui su Jefe y su amigo, también un compañero de más experiencia. Ora estaba en los casinos, ora en los deportes, ora en los estudios, ora en las clases; siempre estuve cerca, animando y compartiendo. En las horas de mayor tensión como eran los exámenes, me confesaban sus preocupaciones. "Estudie", era mi respuesta. El apoyo en tal o cual sentido quedaba reservada a mi conciencia.

Cuando estaba de guardia mi preocupación primordial era evitar las sanciones por motivos fútiles, que no ayudaban a construir en nada los pilares en que se sustenta la disciplina. El plantón 10 me parecía, simplemente, una aberración. Consideraba su aplicación como un castigo negativo. Una hora menos de descanso que por lo general se prolongaba en dos, después de un proceso de 15 horas de actividad física e intelectual, era una sanción demasiado fuerte para un joven que se está formando. En mis guardias no hubo castigos ni mucho menos plantones. Aún cuando su aplicación se había hecho tradicional. Muchas veces el Subdirector don Luis Muñoz V., cuando le entregaba los partes de castigo en blanco, me preguntaba: "De que ma-

nera se las arregla Ud. para que los Cadetes se porten bien". "Muy sencillo, mi Comandante, estar en contacto permanente con ellos en todas sus actividades. Creo' modestamente' que esa es la razón"

Los Brigadieres eran los dueños absolutos del régimen interno y por ende de la disciplina. No se puede ser juez y parte al mismo tiempo, todavía más, los sancionadores eran muchachos sin experiencia, que no tenían el discernimiento para calificar las faltas. Los Oficiales que habían en la Escuela, todos eran profesores de alguna asignatura cuyos problemas de docencia les imponía la constante preocupación de la preparación de sus clases. Esto era la causa por la que gozaban de plena autoridad los Brigadieres. Nunca me había entregado a una tarea con más dedicación, con más cariño. La Escuela pasó a formar parte de algo propio como quién tiene una joya en sus manos la admira y la encuentra cada vez más bella. Así comenzó a acentuarse mi afecto y en los tres años que permanecí como instructor sabía más de los problemas de la Marina que del Ejército.

Pero esto de los Cadetes solos y a merced de los Brigadieres, me golpeaba a cada instante. No lo entendía. En una oportunidad tuve la audacia de decirle al Sub Director que pidiera al Ejército una media docena de Oficiales jóvenes del mismo grado mío, para que tomaran a su cargo cada compañía, velaran por su instrucción y régimen interno; ya que era sabido que los Oficiales de marina del mismo grado no podían hacerlo, por las exigencias de los requisitos de embarque que tenían que cumplir entre grado y grado. Bueno, imagínense, la respuesta del Comandante Muñoz, con lo irónico que era: "Ud. Calderón, quiere transformar la Escuela Naval en Militar".

Santiago Barruel, Jefe de Estudios, inteligente Oficial, comprendía y se daba cuenta de esta falla orgánica y fue sin duda, el que logró convencer al alto mando naval para que este problema fuera resuelto porteriormente.

Un día me llamó el Sub Director a su oficina: "Tengo el agrado de presentarle al Almirante señor Hipólito Marchant — y agregó — el Teniente Calderón, Almirante, es un Oficial muy esti-

mado por los Cadetes. El lo acompañará en su visita por las dependencias de la Escuela.

Con el Almirante Marchant, hombre de aspecto grave, de bigotes, de una mirada profunda a través de sus cejas pobladas, de conversación suave y ademanes bondadosos, recorrimos todo el recinto de la Escuela. En esa ocasión me atreví, dentro de todo lo que hablamos, a manifestarle en un sentido muy distinto de lo que le dijera en otra ocasión al Comandante Muñoz. "¿No cree Ud. señor Almirante, que se hace indispensable que el Cadete tenga un Oficial orientador, que esté en contacto permanente, en todas las actividades diarias, para lo cual sería de absoluta necesidad destinar Oficiales jóvenes que llenen esta función?".

"Los requisitos de embarque se oponen a esta idea y no sería posible perjudicar a Oficiales del grado de Teniente 2º", me respondió el Almirante.

¿Por qué entonces no se considera como buque de primera clase la Escuela, para que estos Oficiales no se perjudiquen?

Como era natural no podía existir una respuesta categórica al respecto, puesto que ello merecía un estudio serio y prolongado. Sin embargo, por entre el poblado de sus cejas, note en su mirada el interés que le despertó esta conversación. Supe más tarde que este tema lo llevó Santiago Barruel al Consejo Naval. Después que dejé la Escuela, en abril de 1931, esta idea cristalizó y las compañías de la Escuela tuvieron su Teniente de Cargo.

Nunca me gustó la exhibición y me parecía absurdo que el Oficial de Guardia almorzara solo en los comedores de los Cadetes. Me propuse invitar dos Cadetes sin preferencia. La mesa es un sitio de respeto, manifestación de cultura y educación, expresión de confianza y consideraciones mutuas; por lo tanto, en nada afectaba al ejercicio del mando. Por el contrario, acercándome, recogiendo sus inquietudes en agradable charla captaba más hondo que como simple observador desde una alta tarima.

La Escuela contaba con dos guigues para las competencias de remo, que se guardaban en la casa de botes. Me propuse formar dos equipos para practicar

boga los días festivos. Naturalmente que para esto tuve que pedir la venia al Sub Director. Me la negó y con mucha razón. "Suponga —me dijo— que ocurra un accidente de trágicas consecuencias y se investigue quién iba a cargo de ellos. Un militar. La responsabilidad sería nuestra y no suya, Calderón". Pero no cedí en mis propósitos y recurrí al Teniente Novión y con él pude practicar este agradable deporte náutico.

En el mismo sitio donde se encuentra la actual piscina temperada, había una de cemento totalmente descubierta. Sin duda que para bañarse en ella todas las mañanas a la hora de diana, había que tener un coraje extraordinario. Era obligatorio pasar por ella y siempre que estuve de Guardia lo hice, porque estimaba que el ejemplo primero y el rigor compartido después, eran acciones que fortalecían el mando. Era tan obscura en los días de invierno, que sólo las estrellas fueron testigos de las "chinas" que se hacían los Cadetes. Fue necesario prohibir, terminantemente, esta clase de bromas acuáticas para evitar cualquier accidente de consecuencias. Después de haber visto muchas veces el amanecer en esas turbulentas aguas de la piscina que eran, prácticamente, un hervidero de Cadetes, la construcción de la nueva vino a calmar los ímpetus de estos seudos tiburones.

Con el Capitán Ernesto Contador estuve todo el año 1928. Era un hombre dinámico, enérgico, atleta, transmitía entusiasmo a la vez que, fue un gran amigo y compañero. Formamos un binomio homogéneo y actuamos en esta delicada misión, sin discrepancias de ninguna especie. El cuerpo de Brigadieres que él había formado el año anterior (1927) lo recuerda con especial afecto.

A partir de 1929 quedé sólo como instructor. El Capitán Contador había recibido sus despachos de Mayor y fue destinado al Regimiento de Infantería Nº 9 "Chillán".

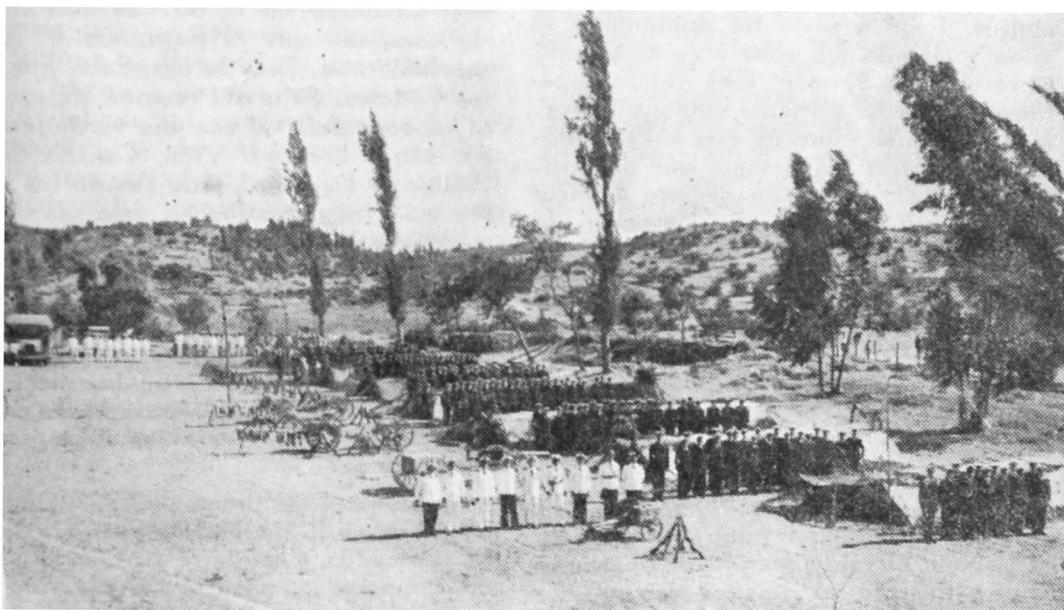
Ese año recibí a mis primeros reclutas, curso que a través del tiempo ha hecho muchas noticias por su espíritu de unión y de un real y auténtico compañerismo. Fue desde un comienzo un curso combativo y después, de muchas iniciativas. Si bien es cierto que como reclutas fueron inquietos, como Oficiales fueron de mé-

ritos sobresalientes. Se identifica desde el punto de vista sentimental, "Curso de Guardiamarinas del "Baquedano" 1934".

No pretendo hacer distingos con otros cursos que eran, igualmente, de gran calidad. No, de ninguna manera. Mi recuerdo tiene otro motivo. El recluta por lo general no olvida a su Teniente, sea en la Marina, Ejército o Aviación. Siempre existe algo que los ata. La reciprocidad nace casi en forma instantánea. Sucede algo parecido a lo que le pasa al artista que modela; se confunde la arcilla con su espíritu. Si la obra escultórica

Enrique O'Reilly, cuyas trayectorias profesionales son sobradamente conocidas.

También pertenezco a otros cursos, al de los hermanos Costa, Oxley, Peña, Fernández y Sepúlveda (nombro sólo algunos para identificarlos) que han hecho gala de esta noble virtud del compañerismo. Sus reuniones para celebrar la fecha de egreso de la Escuela, han tenido alcance hasta en otras latitudes. Concurren a ella Sánchez y Moscoso de Ecuador y Julio Olavarría de New York. Este solo esfuerzo nos habla del entusiasmo que estas reuniones despiertan.



Campamento de la Escuela Naval en el fundo "La Unión", de Quilpué.

resulta buena, es porque el artista se ha identificado con ello. Esto no quiere decir, en mi caso particular, que el escultor fuera excelente, sino que la arcilla era la buena. Esta amistad que no ha desaparecido a lo largo de los años, se ha consolidado con un hecho tangible, formando parte del curso como un compañero más.

Sus componentes fueron los primeros en lanzar la idea de lo que es hoy el "Calcuche". Pertenecen a este curso, los actuales Contraalmirante en servicio, señores Raúl Montero, Quintilio Rivera y

Bueno, vuelvo de nuevo con mi pensamiento al inolvidable patio del buque. En ese plano inclinado y verde está escrita gran parte de la vida de los Cadetes; de sus triunfos deportivos, de la formación de su marcialidad, de los honores recibidos, de sus travesuras y fumadas en las copas de los árboles.

En este patio aprendí una lección y merece que la narre: Habían llegado a la Sala de Armas, unas pistolas españolas de marca "Astra" y como ocurre normalmente, se despertó la curiosidad, entre el Teniente Novión y yo, de probar este

nuevo tipo de arma. Convinimos sin mayor preparación realizar un pequeño concurso. Se le ordenó al Condestable que preparara los elementos necesarios. Las bases de común acuerdo fueron las siguientes: 20 metros de distancia, 10 tiros cada uno. El perdedor pagaría unas "onces-comidas". Resultado del concurso, me ganó Novión. Yo no hice ningún impacto en el blanco. No digo que sentí vergüenza, pero mi amor propio quedó un tanto lesionado. Pagué la apuesta, pero al día siguiente le dije al Condestable que me tuviera todas las mañanas una pistola, munición y blanco en el mismo lugar. Así me fui preparando desde una distancia mínima hasta alcanzar a los 25 metros. Poco a poco fui dominando el arma y cuando me sentí seguro, le pedí la revancha a Novión. Esta vez le gané. Pero este hecho no tenía ninguna importancia, lo interesante de esta lección, significó al correr del tiempo, que alcanzara el más alto galardón de este deporte en el Ejército y más tarde, Campeón de Chile en arma corta. Esta anécdota la recuerdo con cariño y le agradezco a Novión que en una forma tan sencilla como amistosa me instó a superarme.

Vivía con nosotros, en el casino, el profesor de francés, monsieur Pierre Vergon, hombre de unos sesenta años, de maneras aristocráticas, de amena charla, en una palabra un gran señor.

Tenía una fuerza extraordinaria en las muñecas y era motivo éste, para que con el Capitán Osvaldo Merino se trenzaran muy a menudo en desafíos que por lo general ganaba M. Vergon. Cuando amanecía enfermo, me pedía que lo reemplazara en las clases de francés. La materia era muy simple por lo tanto no hubo mayor dificultad. Así pues, no sólo se traducía y se conjugaba, sino también aprovechaba para conocer más de cerca a los Cadetes, dar algún consejo o escuchar sus inquietudes.

La instrucción de Infantería traté de hacerla lo más variada posible, de tal modo que no fuese cayendo en una rutina monótona. Estimé con el tiempo de que disponía, por lo general, una tarde completa, que podía diversificar la instrucción en grupos diferentes. Los primeros y segundos cursos formaron la sección de los Reclutas; los terceros y cuartos, la sección de Antiguos y los quintos años,

los Instructores de los dos grupos anteriores.

A los primeros, como era natural, había que formarlos Cadetes soldados en cuanto a sus formas militares, saludos, presentaciones, manejos y marchas en su aspecto individual; a los segundos, por su tiempo de permanencia en la Escuela, todo el trabajo anterior pero en conjunto; el tercer grupo lo constituían los Comandantes de Escuadras, futuros Guardiamarinas para que practicaran con sus propios compañeros las voces elementales de mando. Fue así como la instrucción se hizo amena. Una vez al mes organizaba marchas con toda la Escuela, con almuerzo en el terreno con cocinas de campaña que el Regimiento Maipo me facilitaba. Esto le agradaba mucho a los Cadetes. Salir del recinto, de sus murallas constituía tal vez una verdadera expansión y libertad. Viña, Cancha de los Gringos y Laguna Verde fueron los lugares más frecuentados en esta clase de ejercicios. La instrucción de tiro fue también una de mis preocupaciones. Como la Escuela no contaba con un Polígono propio, se hizo necesario recurrir al de Las Salinas y, semanalmente, dos o más cursos, transportados en un bus los conducía al citado Polígono para hacer prácticas de tiro de fusil, carabina y fusil ametralladora.

La gimnasia se practicaba en el patio del buque en forma masiva y sin elementos adecuados. Cuando se terminó la piscina temperada, recién la Escuela vino a contar con un gimnasio totalmente equipado. De esta manera, la gimnasia se practicó por Cursos y, las exigencias de los ejercicios como era lógico, estuvo más de acuerdo a la edad y desarrollo físico de los cadetes.

Refiriéndome al mando practicado por los Cadetes del Quinto Año, se hacía cada vez más indispensable. Es muy distinto estar en la fila que frente a una Sección. Toda persona en un comienzo titubea y la única manera de despojarse del temor y de la inhibición natural, es la práctica constante de mandar pequeños grupos y aumentando las exigencias en forma paulatina a medida que la instrucción avanza. Así, el ejercicio del mando subalterno fue general en los quintos años. Todos tuvieron la oportunidad de mandar antes

de abandonar la Escuela, prerrogativa que sólo tenían los Brigadieres.

Muchas, pero muchísimas cosas agradables podría seguir contando de mi permanencia en la Escuela, pero creo que basta con decir, sinceramente, que si ella fue en mis cortos años un manantial de experiencias y de conocimientos de una Institución como la Marina, creo haber satisfecho en parte, el título de la presente colaboración a esta Revista. Sin embargo, para acentuar más esta manifestación de mi espíritu, voy a narrar otros acontecimientos que tienen íntima relación con lo anteriormente expuesto.

En abril de 1931 abandoné la Escuela con mucho pesar. El Ejército reclamaba mi presencia para que cumpliera los requisitos para el ascenso. Fui destinado por fortuna al Regimiento de Infantería N° 2 "Maipo", de esta manera la separación del plantel que se me había incrustado en la médula y en mi espíritu, no fue tan violenta. Desde mi nueva Unidad podía mantener el contacto con quienes compartiera tan felices años.

Hice entrega de mi cargo al Capitán de Ejército señor Osvaldo Kock, Oficial de intachable apostura y de grandes condiciones de educador, cuyo desempeño significaría al correr de los años como el más sobresaliente y aún más, recordado con cariño por todos los que fueron sus Cadetes.

Pensé que con mi alejamiento de la Escuela y entregado a mis nuevas tareas profesionales, el buque donde había navegado en cuerpo y alma, se iría esfumando poco a poco hasta que su silueta blanca se perdiese en el horizonte de los recuerdos, como un velero en el mar. Pero no fue así ni tampoco lo será, porque desde entonces, soy un tripulante que vive con el pensamiento aferrado a sus carlingas.

En diciembre de 1933, todavía en el Regimiento Maipo, fui invitado por el Capitán Santiago Barruel, Comandante del buque tender de la Escuela, el "Águila", para que participara en un viaje de instrucción con los cuartos años, hasta Cruz Grande (El Tofo). En el buque iban embarcados también el Capitán Kock y Armando Soruco, profesor de atletismo de los Cadetes. Fue un viaje de experiencias maríneas. La dotación del

buque estaba cubierta por los Cadetes del 4º año. Recalamos en Papudo, Zapallar-Tongoy, Herradura, Coquimbo y Cruz Grande. Fue un viaje de profundas satisfacciones; pude constatar con qué entusiasmo y capacidad de trabajo cumplieron los Cadetes las diversas faenas de a bordo, sin que el buque sufriera contratiempo alguno con esta novel tripulación. Además, sentí cierto orgullo, puesto que se trataba de Cadetes que yo había formado. Por consiguiente este grillete que me unía a las anclas cruzadas, seguía tan firme como antes.

Nunca me faltó un instante de íntima satisfacción. Un día me encontré con el Almirante Jerken en el interior de un tranvía que hacía el recorrido entre Valparaíso y Viña. En ese entonces él era Comandante en Jefe de la Escuadra. Luego de preguntarme sobre mis actividades profesionales, con su característico lenguaje corto y mirada penetrante, me dijo: "Calderón, le ofrezco un puesto en mi Estado Mayor, para que me organice los comandos de desembarco". Sin duda que la proposición del Almirante me dejó sorprendido. Era una distinción que, realmente, me llenaba de orgullo. En mi fuero interno la habría aceptado de plano, pero razones de orden profesional, me obligaron a rehusar tan alto honor que me dispensaba el Almirante.

En 1934 fui destinado al Regimiento Andino N° 1 "Calama" de guarnición en esta misma ciudad fronteriza. Del mar al desierto el cambio era muy brusco. Sin embargo a pesar de la distancia y de la soledad de la pampa, mi espíritu náutico estaba aún fresco y vivo. Supe que la Escuadra vendría a Antofagasta. Por consiguiente habría como de costumbre la grata recepción con que ese puerto manifestaba su alegría y hospitalidad. Perdido, como digo, en el desierto, comencé a levantar presión y logré crear un ambiente favorable de Comandante a paje, para concurrir a estas recepciones que en honor de la Escuadra se efectuarían. Para satisfacer tal propósito conseguí con el Administrador del Ferrocarril Internacional señor Arturo Hessket un coche dormitorio y comedor para trasladar a nuestra delegación ida y regreso.

Fueron 48 horas tónicas. Al llegar al

puerto pedí al Comandante independencia de maniobras para poder saludar con cierta libertad a todos mis amigos que desde las cubiertas de sus buques oteaban el rojizo horizonte de sus cerros. Y así como las perlas van aumentando de valor según las capas que la van formando, así también iba creciendo mi afecto hacia la Marina.

Volvimos por esos cansados caminos de la pampa salitrera con una carga de recuerdos y brisas marinas que nos hacían olvidar la canícula que nos abrazaba.

1938.—Capitán en los Arsenales de Guerra.— En diciembre de ese año, me trasladé a Valparaíso haciendo uso de feriado. La Escuadra estaba fondeada en espera de zarpe con destino a Punta Arenas. Su Comandante, el Almirante señor Vicente Merino Bielich enarbolaba su insignia en el Buque Madre "Araucano". Dos días antes del zarpe, me encontré, ocasionalmente, con el Almirante en la puerta del Club Naval. Después de los saludos de rigor, le manifesté el deseo de ir en la Escuadra. "Mire, Calderón, tengo repleto el buque con algunas autoridades que me han ordenado embarcar, pero mañana a esta misma hora y en el mismo lugar, le contesto". Y agregó un mote muy simpático: "y si no tengo calzo en mi buque, Calderón, lo llevo en un bote a remolque". No puse en duda que este ofrecimiento dicho en forma tan sincera iba a concretarse al día siguiente. A la hora convenida me encontré con el Almirante. "Calderón, embáquese; preséntese a mi Jefe de E. M. Capitán de Navío señor Horacio de la Fuente quién dispondrá su ubicación en el "Araucano".

Con un saludo militar más enérgico que de costumbre, le expresé mi gratitud. Me despedí y volé a mi casa en busca de las maletas que ya las tenía preparadas, pues no dudé que el Almirante pondría objeciones a la sana intención de agregar en mi bitácora unas cuantas millas más de simpatías y afectos hacia la Armada. Esta caballerosa actitud del Almirante no hacía otra cosa que demostrar su gran calidad de marino y aumentar mis sentimientos de afecto a su persona.

A bordo del "Araucano" iba el Gene-

ral Arturo Espinosa Mujica y el Capitán Rafael Moreno J. Está demás decir que conocía a toda la Oficialidad del buque, por lo tanto, el ambiente de camaradería que reinó durante el viaje, me hacían recordar los años que viví en la Escuela Naval.

En la ruta por los canales, tuve la oportunidad de conocer la Laguna San Rafael, su hermoso ventisquero y el istmo de Ofqui, donde se realizaban las primeras excavaciones para abrir el canal. Recuerdo que hicimos una excursión siguiendo la dirección del trazado por un camino agreste y accidentado que hacía difícil el avance de estos improvisados excursionistas. El Capitán de Navío señor Jorge Videla Cobo tuvo una caída espectacular sin consecuencias, que me motivó hacerle una caritura que tuvo su acierto y que sé que el Almirante Videla la conserva hasta ahora.

En Punta Arenas estuvimos seis días con un nutrido programa de actos oficiales. El Comandante Videla me invitó para que hiciera el regreso al norte en su buque, el destructor "Serrano". Después de cumplir las formalidades de protocolo con el Almirante Merino y el Comandante del "Araucano", me presenté al Comandante Videla y luego de saludar a todos los oficiales, me declaró su huésped. Alternaba con los oficiales a la hora de almuerzo y en la tarde en la cámara del Comandante. Zarpamos con rumbo al Magdalena. Mi camarote era la enfermería. Al salir del canal para enderezar rumbo al Beagle nos sorprendió un mal tiempo. Las inclinaciones y cabeceos eran tan bruscos que tuve que asirme a las barandas para no caer de la litera. Fue, particularmente un desastre. Todos los frascos y adminículos de la enfermería saltaron de sus calzos y los baldes de agua se volcaron. Era una mezcla de yodo, alcohol y de un cuanto hay en la Farmacopea, que en su libre albedrío, quizás cuantas fórmulas desconocidas se realizaron y se destruyeron a la vez. En esa mar de cosas que no era por cierto de sargazo, navegaban mis prendas de vestir. Mis maletas parecían monstruos que querían irrumpir por los mamparos. Mientras tanto me aferraba a la litera como lapa, sujetando como podía las frazadas que me cubrían. Fue una

lucha abierta con los elementos que duró algunas horas. Cuando entramos a la zona de calma, me puse la bata, la única prenda sobreviviente en estado de uso. En esta facha salí a cubierta y narré mi tragedia a los oficiales, salpicada del humor que es necesario colocarle en estos casos. El 2º Comandante, Capitán de Corbeta Santiago Díaz Buceta, me facilitó algunas prendas de uniforme con las cuales pude sentirme una persona salvada de un naufragio.

Regresó la flotilla al norte en demanda de Puerto Montt. Mis reservas económicas estaban casi exhaustas. Pensé que no era propio continuar abusando de la gentil hospitalidad del Comandante y Oficiales y, a pesar de su insistencia que continuara con ellos, mi decisión fue inquebrantable. Me desembarqué en Puerto Montt para regresar en tren a Santiago.

1942-44.— Fui destinado al Estado Mayor del Ejército para ocupar el cargo de delegado en los FF. CC. en la zona comprendida entre La Calera y Pueblo Hundido, con asiento en La Serena. La presencia de la Escuadra en Coquimbo, en plena zona de mis actividades ahora ferroviarias, fue motivo siempre de hondas satisfacciones.

La Escuadra que comandaba el Contraalmirante señor J. A. Rodríguez en aquella época fundeó en Coquimbo cumpliendo su programa anual de ejercicios y adiestramiento de sus tripulaciones. Como autoridad independiente en la zona, me hice presente a bordo del buque insignia, el acorazado "Latorre". Luego de cumplir con los saludos protocolares, el Almirante me dijo: "Calderón, queda en libertad para que vaya a las Cámaras de Oficiales a saludar a sus compañeros y amigos, pero vuelva a almorzar conmigo". Así lo hice. El reencuentro con amigos estimados proporciona siempre alegría y por ende un rejuvenecimiento espiritual. Volví a la Cámara del Almirante y almorcé junto con los Oficiales de su E. M. Después de una agradable charla de sobremesa, en la cual se me invitó para que presenciara el tiro de combate que se efectuaría al día siguiente en Tongoy, bajé a tierra.

Como estaba previsto, a las 12 PM. me embarqué en el "Latorre", almorcé nuevamente con el Almirante mientras

la Escuadra se hacía a la mar rumbo a Tongoy. Después de almuerzo, el Almirante dispuso que se me condujera a su camarote de mar, lugar donde yo pasaría la noche. Recuerdo que tenía un catre de bronce de plaza y media demasiado cómodo para un mayor que no tenía ni trazas de Almirante. Sin embargo, con el aire marino, oteando por las claraboyas, sintiendo el ruido peculiar que se oye a través de los mamparos y entrepuentes, el rechinar de las cadenas y de muchos otros ruidos que circulaban en esa inmensa plataforma de aceros y cañones, casi en plena central de artillería, nadie podía quitarme el derecho, de sentirme por brevísimos momentos, un Almirante con todos sus atributos.

El tiro fue espectacular, los artilleros hicieron gala de su buena puntería; los comentarios que surgen después de esta clase de ejercicios fueron muy favorables; recuerdo que en esa ocasión el Oficial Artillero era el actual Almirante en retiro señor Alberto Kant. Terminada esta demostración de eficiencia artillera, el Almirante dispuso que el "Sobenes" me trasladara a Coquimbo.

De regreso a casa, continué anotando en mi bitácora, unas cuantas millas más de afecto hacia la Armada.

En 1947 fui destinado al Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, cuando era su Jefe, el Almirante Sr. J. A. Rodríguez; luego asumió el General Humberto Luco y tuvo como Sub-Jefe, al recordado y distinguido amigo, Almirante señor Enrique Díaz, que falleciera trágicamente ese mismo año.

En este Instituto terminé mi actividad profesional.

El 21 de mayo de 1949 ingresé, oficialmente, como socio activo del Centro de ex-Cadetes y Oficiales de la Armada, "Caleuche", y desde entonces hasta ahora, me he mantenido fiel a sus principios y a su lema. Tripulantes del espíritu en todas sus maniobras marineras, singladuras y bogatunes y, con un gesto que retrata la hidalguía y caballerosidad de sus connavegantes, me han elegido director del Buque Madre, cuya distinción me llena de orgullo a la vez que la agradezco sinceramente.

No obstante toda la cadena de acon-

tecimientos que jalonaron mi existencia profesional, tan cerca de la Marina y tan profundamente arraigada en mis sentimientos, ese brazo largo de mis amistades que la sabe hacer señorial y estimada, me tendió la mano, nuevamente, ofreciéndome la oportunidad de hacer un viaje en el buque Escuela "Esmeralda" cuando era su Comandante el Capitán de Fragata señor Jorge Sweet M. Todo estuvo listo para embarcarme pero una circunstancia de condiciones más favorables en cuanto a tiempo vino a cambiar mi destino al transporte "Angamos" que zarparía a Alemania (Hamburgo).

Sin pecar de exagerado este viaje fue una hazaña. Si ella pasó inadvertida fue porque nuestra manera de ser, por la educación recibida, por la formación de nuestra personalidad, nos está vedado exhibir las cualidades o acciones que realizamos de mutuo propio, si ellas no son reconocidas por los superiores jerárquicos.

Pero cuando se está sólo en medio del océano, sin otro juez que su propia conciencia la cosa es diferente. Cada Oficial y tripulante se va formando un todo orgánico, va constituyendo una célula que se mueve, se agita y reacciona ante cualquiera situación como un cuerpo perfecto y homogéneo. Cuando este organismo en conciencia y en deber cumple con buen éxito una misión, entonces queda, tácitamente, calificada la capacidad profesional y las virtudes morales de un Co-

mandante, de los Oficiales y de la tripulación.

Fue una navegación difícil no tanto por los variados cambios de tiempo, sino más bien, por las condiciones precarias de sus máquinas y calderas. Una carga delicada y peligrosa como el salitre unida a las fatigantes faenas de carbón, constituyeron en un comienzo, la tarea ímproba y más pesada que realizó la tripulación, cuyo número era extremadamente reducido. Pero en todos los rostros se reflejaba un deseo de cumplir y el trabajo por muy pesado que fuera, se hacía con alegría.

Salvar tantas circunstancias y situaciones imprevistas, enfrentarse a veces, a lo imponderable, es normal en una tripulación bien adiestrada y consciente de su deber. Así fue la del "Angamos".

El medio en que se actúa, superior por la inmensidad, superior cuando los elementos se desatan, requiere del marino una formación espiritual recia y serena, capaz de sobreponerse frente a cualquier peligro o circunstancia, con estoicismo, valentía y firme voluntad, para salir adelante rumbo al destino que la brújula le demande.

Y esto lo pude comprobar, con gran satisfacción de mi espíritu.

No quiero cerrar esta bitácora ni entregar la guardia de mi afecto a la Marina porque creo que aún, no todo ha concluido.

